

REMEMBRANZAS

***A los 60 años de sacerdocio de Monseñor Héctor Morera
17 diciembre 1949***

Luis Alberto Monge

El acucioso periodista y dilecto amigo, Manuel Peña Namoyure, me solicita un artículo para publicar con motivo de los 60 años de sacerdocio de Héctor Morera Vega, Obispo Emérito de Tilarán. Podría escribir páginas y páginas, con solo lanzar una mirada en retrospectiva hasta mi lejana infancia en Palmares. Fue entonces cuando germinó una relación con Héctor, que traspasó las fronteras de la amistad y se convirtió en una efusiva hermandad. Nos hemos sentido hermanos. Hermanos siempre. Aunque a decir verdad, Héctor ha sido el hermano premiado por Dios con excelsas virtudes; dueño de una arrolladora vocación de servicio a la Iglesia Católica, a Costa Rica y a su pueblo. Yo he sido el hermano con muchas fallas humanas; bohemio sin arrepentimiento; pecador, rogando el benevolente perdón de Dios; de azarosa vida sentimental... Pero si tenemos en común nuestro amor y devoción por Jesús de Nazaret. También nuestro amor por Costa Rica y su pueblo. Creo, igualmente, que compartimos gran admiración, entre otros Pontífices, por Juan XXIII y Juan Pablo II. Recuerdo siempre que Juan Pablo II nos visitó en marzo de 1983 y nuestra Patria fue la base para su peregrinación por Mesoamérica. Con vivo interés he estudiado a "este hombre que se volvió Papa." La vida del joven Karol Wojtyla, esta plena de sabias enseñanzas. Debí enfrentar los dos totalitarismos que oscurecieron los horizontes del Siglo XX. Primero, el nazismo de Adolfo Hitler y después, el comunismo de José Stalin.

Espero que un buen historiador nos regale el gozo espiritual de una biografía de Monseñor Héctor Morera. Por donde quiera que ha pasado el ciudadano, el sacerdote o el Obispo, ha dejado huella imborrable por haber entendido su misión evangélica, como servicio a Dios en Dios y también como servicio a Dios en el prójimo. Monseñor Morera nunca ha sido indiferente ante las necesidades, los sufrimientos y las esperanzas del pueblo.

El itinerario de la fraternidad.

Estas memorias se tornarían interminables, si no me limito a algunas de las paradas más importantes en un apretado y largo itinerario de la fraternidad.

Héctor y yo hicimos juntos en la Escuela Central de Palmares, los seis años de la primaria. Los mismos maestros. En las vacaciones trabajábamos como peones en un tabacal que estaba en el distrito de la Granja. Una vez fuimos cogedores de café y otra aporreamos frijoles. Teníamos el mismo patrón: era don Enrique Morera, el padre de Héctor. Yo era huérfano de padre desde los cuatro años de edad. La magnífica madre del hoy Monseñor Morera, doña Nelly Vega, enviaba al tabacal 4 almuerzos. Uno para su esposo don Enrique, uno para Héctor, otro para Hermes, el hermano mayor de los Morera Vega y otro para mí, como si fuera parte de la familia. Golpeada Costa Rica por lo que se llamó la crisis mundial de los años treinta y los Monge Álvarez por la pobreza extrema, los cuatro menores (Miriam, Luis Alberto, Carmen Lía y Nautilio) fuimos a escorar a Puntarenas con nuestra extraordinaria mamá, dona Elisa. Unas semanas después, el tío Carlos Álvarez, nos encontró en tan precaria situación que organizó inmediato traslado a su pequeña finca en Esquipulas de Palmares. En el viaje en carreta desde Río Grande de Atenas a Esquipulas, se perdió un zapato del único par que tenía yo. La primera visita de solidaridad y consuelo fue la de doña Nelly y su hijo Héctor. Unas horas después, Héctor regresó con el regalo de los zapatos que usaba para ir a misa los domingos. No recuerdo por cuantas semanas el hoy admirado Monseñor Morera, tuvo que ir descalzo a la misa. ¡Imposible olvidar este gesto de desprendimiento y amor cristiano de un niño que apenas bordeaba los nueve años de edad!

Los mismos sentimientos, por caminos diferentes.

Al concluir el sexto grado, Dios nos saca de Palmares y nos guía por caminos diferentes, pero conservando intactos los sentimientos de cariño fraternal. Héctor, claro y definido en cuanto a su futuro, ingresa al Seminario, donde comienza la realización del sueño que acaricia desde su tierna infancia: convertirse en sacerdote. Yo, agobiado por la pobreza, incierto en cuanto a los horizontes donde encaminar mis pasos, gano una modesta beca para estudiar en el Instituto de Alajuela. Para mejorar mis escuálidos ingresos, trabajaba sábados y domingos (no había cierre dominical) en un tramo del Mercado Central de San José. Regresaba los domingos en la noche o los lunes muy temprano al cuarto que alquilaba en Barrio del Carmen y luego presentarme puntual a mis lecciones en el viejo edificio del Instituto de Alajuela, esquina suroeste del Parque Central.

Sabía que a don Enrique y a doña Nelly, los padres de Héctor, no les era fácil viajar para la visita dominical en el Seminario. Cada vez que podía los domingos, pasaba a encontrarme con él, en un edificio situado detrás de la Catedral Metropolitana. Debí producir una buena impresión a sus

compañeros, que con frecuencia nos acompañaban en la tertulia. Recuerdo entre ellos a Román Arrieta Villalobos, quien después de ser el primer Obispo de Tilarán, fue Arzobispo de San José, la posición de mayor jerarquía de la Iglesia Católica en Costa Rica. Inclusive – con inocencia y buena fe – estos compañeros de Héctor, vieron en mí virtudes que no tenía. Varias veces insinuaron que debía hacerme sacerdote. No tenía el valor para decirles que eso era un disparate. Buscaba formas más suaves para soslayar el tema. Imagínense el desastre de sacerdote que habría sido Luis Alberto Monge Álvarez. Dios salvó a la Iglesia de semejante desgracia. En las congojas que habría puesto al hoy Obispo Emérito de Tilarán.

Distancia geográfica. Permanente cercanía de cariño fraternal.

Cuando concluyeron mis funciones como diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1949, tuve necesidad de adquirir compromisos laborales con organismos internacionales. Primero en Ginebra, Suiza. Después en la ciudad de México. Viajaba con mucha frecuencia y solo podía pasar por Costa Rica, una vez por año. Existía una inevitable distancia geográfica, pero la cercanía de cariño fraternal se mantuvo siempre.

Cuando regresé a la Patria en 1958, asumí funciones como diputado a la Asamblea Legislativa y me vi arrollado por la actividad política. En ese carácter llegué varias veces a Tilarán. Me decía que había alistado cuarto en la Casa Cural. Traté de explicarle que eso podía traerle problemas, porque en su feligresía había gentes de otros partidos políticos. Me contestó en perfecto idioma palmareño: "no jodás con ese cuento; tomá la llave y cuando termines vienes a dormir." Me sentía raro abriendo la puerta de la Casa Cural pasadas las diez de la noche. A veces me esperó, hicimos recuerdos e intercambiamos opiniones sobre los problemas del país.

El 7 de febrero de 1982, cuando me confirmaron que el pueblo me había favorecido en casi el 60% de los votos para la elección presidencial, pensé que estaba solo en mi oficina de Pozos, Santa Ana y le llamé para darle la noticia. El periodista Enrique Leiva, se enteró y lanzó de inmediato la noticia de que mi primera llamada para comunicar el triunfo, había sido para Monseñor Morera.

Durante mi gobierno las relaciones con los Obispos fueron fluidas y cordiales. Inclusive establecí la conveniente tradición de invitar para almuerzo periódico a la Conferencia Episcopal en pleno. Monseñor Morera es uno de sus veteranos integrantes. Esta conducta, nunca interfirió las buenas relaciones con la comunidad judía y las otras comunidades religiosas cristianas.

Un fervoroso Dios te lo pague.

Llegó el momento de cortar estas memorias. Dejar archivados en la memoria muchos episodios más de esta sincera hermandad con Monseñor Héctor Morera.

Una gratitud eterna para Monseñor Héctor Morera por la comprensión y compasión cristianas, para el hermano con tantas flaquezas y que en el ajetreo áspero de la política le fueron aumentadas con mala fe.

Héctor:

Pido con fervor un Dios te lo pague.

Diciembre 2009